

This is a translation of the article on minority religions in Mexico.

The geographic and historic context

Although Mexico is a country that still has a population that is, in its majority, affiliated with Catholicism, it has not stopped being subject to the growing presence of very diverse religious minorities.

Among these groups are found numerous Pentecostal churches and religious groups, Protestant denominations, Marian Trinitarian spiritualists, Mormons, Jehovah's Witnesses, etc.

Starting in the last decades different Oriental (religious) associations and New Age groups have sprung forth.

According to census data for 1990, 89 percent of the total population of Mexico is still Catholic.

However, there are very marked regional variations.

In the state of Chiapas, 34 percent of the population stated that they were not Catholic.

Almost all the states of the Southeast (Tabasco, Campeche, Quintana Roo) showed high percentages of the population (that were) not Catholic, [percentages] that were a quarter or more of the population.

Catholicism also has lost many believers along the Northern

frontier.

In the state of Baja California, 15 percent of the population does not consider itself Catholic.

On the other hand, almost all central Mexico, including the Federal District, remains a strong Catholic majority, having less than 10 percent of the population [aligned with] another religion, according to [the aforementioned] census.

The state of Aguascalientes has the most Catholics, with 97 percent of its population identified as followers of Catholicism according to census statistics.

It's [clear] that Mexico still doesn't have a single national cultural in the religious sphere.

Rather, we are confronting a scenario of a growing religious diversity that varies according to different regions.

This is inevitable in the future of the country.

For this reason, the growing social function of religious minorities has become a matter of interest for the Mexican government and the society in general.

Until a little while ago, Mexican legislation with respect to religion was the most anticlerical legislation in all Latin America, with the exception of Cuba.

There were important historical reasons that contributed to

forming the said political position.

Even before the independence of the country, religion has been a motive for political battles and confrontations.

Relations between the Mexican state and the Catholic church have almost always been difficult.

During the greater part of the past century, anticlerical liberals fought against the conservative factions that were supported in the Church.

Nationalist figures such as Benito Juarez still are identified with an anticlerical orientation (above all anti-Catholic) that put strong limits on the institutions and leaders of the dominant religious organization.

During the long period of his dictatorship, Porfirio Diaz established a practical arrangement with the Catholic church that permitted it (the Church) to recoup its privileged status as one of the pillars of the social milieu.

When the Mexican Revolution started in 1910, the Catholic Church was perceived as a powerful institution with a reactionary force that could compete with the revolutionary governments for the loyalty of the people.

To avoid this situation, the Constitution of 1917 included strong restrictions against it.

El contexto geográfico e histórico

Si bien México es un país que aún tiene una población que en su mayoría está afiliada al catolicismo, no ha dejado de estar sujeto a la presencia creciente de minorías religiosas muy diversas.

Entre estas agrupaciones se encuentran numerosas iglesias y grupos religiosos pentecostales, protestantes denominacionales, espiritualistas trinitarios marianos, mormones, testigos de Jehová, etcétera. A partir de las últimas décadas también han surgido diversas asociaciones orientales y de la nueva era. Según los datos censales, para 1990 el 89 por ciento de la población total de México todavía es católica. Sin embargo, hay variaciones regionales muy marcadas. En el estado de Chiapas, 34 por ciento de la población declaró que no era católica. Casi todos los estados del sureste (Tabasco, Campeche, Quintana Roo) mostraron porcentajes altos de población no católica, que era la cuarta parte o más de la población. El catolicismo también ha perdido muchos creyentes en la frontera norte. En el estado de Baja California, el 15 por ciento de la población se considera no católica. Por otra parte, casi todo el México central, incluyendo el Distrito Federal, se mantiene con una fuerte mayoría católica, teniendo menos del 10 por ciento de la población ubicada en otra religión según el censo mencionado. El estado de Aguascalientes tiene la afiliación católica más numerosa, con el 97 por ciento de su población identificada como seguidora del catolicismo, según las cifras censales. Es evidente que México ya no tiene una sola cultura nacional en el ámbito religioso. Más bien, estamos frente a un escenario de

una creciente diversidad religiosa que varía según las dis-tintas regiones. Esto ya es inevitable en el futuro del país. Por esta razón, el creciente desempeño social de las minorías religiosas se ha convertido en un asunto de interés para el gobierno mexicano y la sociedad en general.

Hasta hace poco, la legislación mexicana con respecto a la religión era la más anticlerical en toda Latinoamérica, con la excepción de la de Cuba. Había razones históricas importantes que fundamentaban dicha posición política. Aun antes de la independencia del país, la religión ha sido un motivo de lucha política y enfrentamiento. Las relaciones entre el Estado mexicano y la Iglesia católica casi siempre han sido difíciles. Durante la mayor parte del siglo pasado, los liberales anticlericales lucharon contra las facciones conservadoras que se apoyaban en la Iglesia. Figuras nacionalistas, como Benito Juárez, todavía son identificadas con una orientación anticlerical (sobre todo anticatólica) que puso fuertes límites a las instituciones y líderes de la organización religiosa dominante. Durante su largo periodo de dictadura, Porfirio Díaz estableció un arreglo práctico con la Iglesia católica que le permitió a ésta recuperar una situación privilegiada como uno de los pilares del entorno social. Cuando comienza la Revolución Mexicana en 1910, la Iglesia católica fue percibida como una institución poderosa con una fuerza reaccionaria que podría competir con los gobiernos revolucionarios por la lealtad del pueblo. Para evitar esta situación la Constitución de 1917 incluyó fuertes disposiciones en su contra (García Ugarte, 1993).

